

# HISTORAR LA CARTOGRAFÍA Y LA GEOGRAFÍA. MAPAS Y REPRESENTACIONES CULTURALES EN EL MÉXICO DEL SIGLO XIX

Mario Jocsán Bahena Aréchiga Carrillo

La historia de los mapas en México se ha desarrollado de manera importante como campo de estudio en las últimas décadas. Las investigaciones al respecto han sido impulsadas sobre todo por geógrafos e historiadores adscritos al Instituto de Geografía de la UNAM, publicando sus resultados en revistas especializadas y libros colectivos. Sin embargo, sigue siendo un terreno que hace falta explorar a partir de supuestos teóricos y perspectivas analíticas que ponderen las dimensiones culturales, políticas e intelectuales de la cartografía. Es decir, más allá de trazar la historia de las técnicas, instrumentos y temas en la elaboración de mapas, considero que hace falta esbozar los trasfondos socioculturales, editoriales/materiales y políticos-científicos que subyacen en la práctica cartográfica, particularmente en el siglo XIX.

Por ende, el estudio de los mapas y los discursos geográficos implica problematizar su propia materialidad y contextos de producción, amén de verlos como objetos cargados de símbolos y discursos, más que como meros retratos del espacio. Cuando se estudian temas de índole geográfica, territorial o espacial, con frecuencia se recurre al uso de recursos cartográficos (sea como fuentes, o como respaldo visual de algún trabajo sobre esas temáticas), pues generalmente se les usa como elementos que, sin más, representan el espacio

geográfico del cual se habla o estudia, y pocas veces se tiene consciencia de que dichos artefactos visuales son productos sociales de su propio contexto histórico que poseen una dimensión subjetiva en tanto objetos elaborados por un sujeto desde un horizonte de enunciación.

En México se elaboraron bastantes obras de índole geográfica durante el siglo XIX: mapas, atlas y libros de geografía dan cuenta del interés por la cuestión espacial por parte de gobiernos, letrados y asociaciones científicas. Por tanto, en este trabajo quiero trazar algunos senderos en torno a métodos, perspectivas y fuentes para el estudio histórico de dichas obras desde una perspectiva cultural. Ello supone complejizar su análisis, abordándolas como objeto de estudio y no sólo como fuentes. En otras palabras, mi propuesta de historiar la cartografía desde el enfoque de la Historia cultural busca dimensionar y vincular dos aspectos: por un lado, lo simbólico y discursivo de los mapas, que responde a los fundamentos e ideas que sustentan determinada forma de concebir la geografía en un contexto histórico dado. Por otro, la materialidad de las representaciones cartográficas, a fin de dar cuenta de sus condiciones de producción, pues no hay discurso ni texto sin soporte material que lo difunda.

Ambos aspectos deben abordarse en función de los contextos políticos, culturales, económicos y sociales que posibilitan y dan sentido a las representaciones culturales (llámense mapas, películas, libros o pinturas). Asimismo, habrá que ponderar el vínculo entre conocimiento y poder, así como la relación entre el cartógrafo y las instituciones que organizan el conocimiento en un momento histórico particular, pues la producción de conocimiento geográfico y de obras cartográficas está indisociablemente ligada a contextos socioculturales específicos y a relaciones de poder de orden político y científico.

Empecemos, pues, por considerar a los mapas como objeto de estudio más que solo como fuentes. Abordar una obra cartográfica en esos términos implica considerar dos grandes dimensiones: primero su propio contexto histórico; esto es, entenderla en función de las dimensiones sociales, culturales, políticas y económicas del momento histórico en el cual se produjo, pensando que dicha obra es un objeto social de su propio tiempo cargada de discursos, significados, ideas y posturas. La otra dimensión tiene que ver con pensar que los discursos y el conocimiento que se busca condensar en un mapa se plasman necesariamente en un soporte material. Por tanto, debemos tomar en cuenta su propio ámbito de producción, así como las características materiales del objeto.

Pasar por alto la materialidad de la representación conduce a obviar e ignorar sus propias condiciones de posibilidad y alcance. No es lo mismo hablar de un mapa fijado en una pared a manera de mural (como los mapas que se encuentran en El Vaticano), que hablar de un atlas producido bajo la imprenta litográfica o un plano elaborado con tecnología satelital o en GPS. Esa materialidad debe tomarse en cuenta a la hora de problematizar en torno a las obras cartográficas, pues nos dan indicios de su circulación, alcance y objetivos. El contexto de producción y las características materiales de los soportes resultan fundamentales si lo que se quiere es historizar la cartografía, pues el discurso geográfico de un mapa no existe fuera de su soporte material: forma y fondo son indisolubles. Curiosamente, esta dimensión no se toma mucho en cuenta a la hora de estudiar la cartografía, que en el caso del México decimonónico implicaría abordar el ámbito editorial de producción de impresos. En suma, la interrogante que estructura este trabajo es: ¿cuáles son los discursos presentes en las representaciones cartográficas y qué relación tienen con los contextos intelectuales, culturales y políticos del México del siglo XIX?

## *Estudiar la cartografía, ¿desde la Historia cultural?*

Partamos en primera instancia del marco teórico y metodológico que propongo. Fue el historiador británico J. B. Harley quien en los años setenta y ochenta del siglo pasado planteó una reconsideración de los mapas como objetos de estudio.<sup>1</sup> Podemos situar dicho viraje sobre la concepción de la cartografía dentro del denominado giro cultural y lingüístico. Harley, al igual que algunos historiadores de la corriente de la Nueva Historia cultural, criticaron el supuesto de que las imágenes, libros y demás objetos sólo reflejan la realidad social. Por el contrario, sostuvieron la idea de “la construcción o la producción de la realidad (del conocimiento, los territorios, las clases sociales, las enfermedades, el tiempo, la identidad) por medio de representaciones”.<sup>2</sup>

Estos planteamientos iban en el sentido de considerar que la realidad se construye a través de objetos, prácticas y apropiaciones, experimentando procesos de significación y re-significación mediante los cuales, los grupos sociales dan sentido a las cosas, al mundo y a ellos mismos. En ese sentido los mapas, en tanto objetos cargados de símbolos y significados, configuran una idea particular del mundo que pretenden representar. Esto tiene que ver con el propio imaginario del cartógrafo y, sin duda, con los contextos sociales, políticos e intelectuales de los que forma parte. Aquí traigo a cuento la perspectiva de la observación de segundo orden u observación de observaciones planteada por Alfonso Mendiola. Esta

<sup>1</sup> Sebastián Díaz Ángel aborda la recepción de la obra de Harley en América Latina en su artículo: “Aportes de Brian Harley a la nueva historia de la cartografía y escenario actual del campo en Colombia, América latina y el mundo”, en: *Historia crítica*, núm., 39, septiembre-diciembre 2009, pp. 180-200.

<sup>2</sup> Burke, Peter, *¿Qué es la Historia cultural?*, traducción de Pablo Hermida Lazcano, Editorial Paidós, España, 2006, p. 97.

perspectiva metodológica considera que cuando nos aproximamos al pasado no lo hacemos directamente, sino a través de los vestigios/documentos que elaboró alguien, es decir, a través de la mirada (de la observación) de un sujeto (o varios) que observó la realidad desde un contexto específico, dejando huella de sus perspectivas en los documentos que nosotros tomamos como fuentes. Por ello, esta operación de analizar lo que otro observa implica, justamente, cuestionarse sobre las maneras en que se observa; ahí es donde entran en juego las ideas, referentes y valores de dicho sujeto, los cuales quedan plasmados en un mapa, un archivo, una pintura o un libro. Esta metodología permite, según Mendiola, preguntarnos por qué “se ve el mundo de tal manera y no de otra”.<sup>3</sup> En el caso del mapa, la cuestión medular sería ¿por qué muestra el mundo de esa forma y no de otra?

Por tanto, estamos hablando de que la realidad (en este caso la geográfica) es una construcción, una producción tanto social como individual vía representaciones y prácticas.<sup>4</sup> Por ello es fundamental cuestionarnos en torno a quién observa el mundo y lo representa de diversas maneras: “cada individuo construye su mundo a partir del encuentro entre el yo y el entorno”.<sup>5</sup> En este sentido, a partir de dicho planteamiento sobre el sujeto y sobre la crítica a la idea de un conocimiento neutral sobre una realidad objetivada, la Historia cultural ha considerado la dimensión subjetiva como un aspecto fundamental dentro de dicho proceso de conocer y aprender el mundo: “diferentes personas pueden ver el mismo acontecimiento y estructura desde perspectivas muy distintas”.<sup>6</sup>

<sup>3</sup> Mendiola, Alfonso, “Hacia una teoría de la observación de observaciones: la historia cultural”, en *Historias*, Universidad Iberoamericana, no. 6, México, 2005, p. 32.

<sup>4</sup> Burke, *¿Qué es...?*, p. 97.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 98.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 99.

Los mapas, en tanto objetos que condensan saberes de diversa índole, están siempre cargados de intencionalidad, discursos, valores y significados. Por ejemplo, el carácter racionalista de la cartografía decimonónica tiene que ver con perspectivas propias de los letrados de la época, cuyos referentes provenían de las ideas y corrientes ilustradas de Occidente. Es decir, el espíritu ilustrado que los llevó a tomar a la ciencia como derrotero para lograr el anhelado progreso material e intelectual del país, constituyó la piedra angular de la producción de conocimiento a lo largo de la centuria. Por lo tanto, hablamos de una manera particular de entender y conceptualizar el mundo, que en el caso de la geografía se vehiculizó a través de una imagen cartográfica que pretendía ser válida, científica y exacta. De ahí que la idea de estudiarlos desde los enfoques de la Historia cultural consista, justamente, en desentrañar esa dimensión simbólica, la cual responde al contexto histórico en el cual se les produce. En ese sentido, es bastante ilustrativo el llamado de Roger Chartier a leer y analizar los documentos (es decir, las fuentes) de manera menos inmediata y literal.<sup>7</sup>

En el caso de los mapas, es un tanto común que se recurra a ellos considerándolos evidencias de la realidad espacial. Muchas veces se les incluye de manera un tanto inadvertida como anexos o apéndices de estudios de índole histórica, antropológica o geográfica, y rara vez se hace una aproximación más detallada al tipo de cartografía del que se trata; y menos aún se cuestiona sobre sus condiciones de producción, sobre quién lo produjo y sobre los elementos que muestra y los que no muestra. Pareciera, pues, que un documento cartográfico es una prueba fehaciente de que una cosa era de tal manera, de que no existía más población que la que ahí se señala, o

<sup>7</sup> Chartier, Roger, “La nueva Historia cultural”, en: *El presente del pasado. Escritura de la Historia, Historia de lo escrito*, traducción de Marcela Cinta, Universidad Iberoamericana, México, 2005, p. 14.

que la disposición de las tierras o de los recursos naturales fue representada fielmente en el mapa.

En función de todo lo dicho hasta ahora, las propuestas metodológicas y epistemológicas de Harley me parecen bastante significativas y útiles —a pesar de haberlas formulado hace ya unas décadas—, pues consideraba “que los mapas son una parte de la familia más amplia de imágenes cargadas de valor. De este modo, he renunciado a entender los mapas como registros inertes de paisajes morfológicos o como reflexiones [yo diría registros] pasivas del mundo de los objetos [...] Tanto en la selectividad de su contenido, como en sus signos y estilo de representación, los mapas son una manera de concebir, articular y estructurar el mundo humano [...]”.<sup>8</sup> En este sentido, y para reflexionar en torno a la idea de representación como categoría de análisis de la Historia cultural, diremos que los mapas son un lenguaje visual, un discurso gráfico que plantea una serie de ideas sobre tal o cual espacio a través de figuras, esquemas, dibujos, signos y leyendas. Es decir, todo mapa es en sí mismo una representación cultural del espacio, pues está cargado de valores, de ideas, nociones y conocimientos que confeccionan una manera de ver el mundo. Por lo tanto, a lo largo de la Historia, la cartografía ha contribuido de manera activa a construir una idea del espacio, a visualizar y demarcar territorios, a ubicar y mostrar ciertos aspectos de la geografía natural y social.

Por ello, me inclino a pensar en la cartografía no sólo como un reflejo del contexto social y cultural del cual emana, sino como objeto en el que se produce —y que reproduce— una visión de la realidad espacial; es decir, como instrumento que representa el espacio, produciendo una manera de entender y

<sup>8</sup> Harley, J. B., *La nueva naturaleza de los mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografía*, compilación de Paul Laxton, introducción de J. H. Andrews, traducción de Leticia García Cortés y Juan Carlos Rodríguez, Fondo de Cultura Económica, México, 2005, p. 80.

dar sentido a la realidad circundante. Harley apunta a estudiar el mapa con detenimiento,

...para identificar no sólo un nivel literal o superficial de significado [en la imagen cartográfica], sino también uno más profundo, por lo general asociado con la dimensión simbólica el acto de enviar o recibir un mensaje. Un mapa puede llevar en su imagen un simbolismo asociado con el área, el aspecto geográfico, la ciudad o el lugar específico que se representa.<sup>9</sup>

En ese sentido, la cartografía posee un nivel simbólico que contribuye, justamente, a producir una idea del mundo a partir de jerarquías, valores, estereotipos, etc. El acto de representar un espacio en un mapa implica en sí un proceso de construcción de lo que se busca plasmar, pues se nombra, ordena, clasifica, orienta y da sentido al espacio representado: “lejos de fungir como una simple imagen de la naturaleza que puede ser verdadera o falsa, los mapas redescubren el mundo, al igual que cualquier otro documento, en términos de relaciones y prácticas de poder, preferencias y prioridades culturales”.<sup>10</sup> En consecuencia, es importante enfatizar que un mapa tiene una doble dimensión: una instrumental, vinculada al proceso técnico mediante el cual se elabora, y una simbólica, la cual responde al imaginario de quien fabrica el mapa:

el mapa instrumento, de carácter informativo y práctico, y el mapa imagen, el cual alberga una abstracción, un esfuerzo intelectual de construcción de un instrumento con fines prácticos pero revestido también de un carácter intangible como imagen,

<sup>9</sup> Harley, *La nueva naturaleza*, p. 81.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 61.



lo que lo convierte en una representación que integra las interpretaciones cosmológicas, políticas o religiosas, centradas en el mundo de aquel que lo dibuja.<sup>11</sup>

Por su parte, Harley afirmaba que “aunque durante mucho tiempo los mapas han sido fundamentales en el discurso de la geografía, casi nunca se leen como ladrillos de texto o como una forma de conocimiento construida socialmente”.<sup>12</sup> Esta cita plantea un punto fundamental para este trabajo: la idea de que los mapas son 1) discursos, y 2) conocimiento. Es decir que son objetos que condensan una serie de saberes (fundamentalmente asociados al espacio), por lo cual poseen conocimiento que los dota de poder, según la perspectiva de Michael Foucault que retoma el propio Harley.<sup>13</sup> Por lo tanto, estamos hablando de objetos visuales que están atravesados por discursos de poder que se sustentan en un conocimiento científico del espacio, los cuales, a su vez, responden al ámbito sociocultural del contexto en el cual se elaboran. En ese sentido, “tanto en la selectividad de su contenido como en sus signos y estilos, los mapas son una manera de concebir, articular y estructurar el mundo humano que se inclina hacia, es promovido por y ejerce una influencia sobre grupos particulares de relaciones sociales”.<sup>14</sup>

<sup>11</sup> Montoya Arango, Vladimir, “El mapa de lo invisible. Silencios y gramática del poder en la cartografía”, *Universitas Humanística*, núm. 63, enero-junio, 2007, p. 157.

<sup>12</sup> Harley, *La nueva naturaleza*, p. 79. Este texto fue el que despertó mi interés por el tema de la cartografía desde un punto de vista histórico y cultural. La obra de Harley planteó una redefinición epistemológica y teórica sobre el estudio de los mapas.

<sup>13</sup> Michel, Foucault, “El sujeto y el poder”, en *Revista Mexicana de Sociología* (julio-septiembre), 1998, p. 7.

<sup>14</sup> Harley, *op. cit.*, p. 79. De igual manera, este autor menciona que “algunas de las implicaciones prácticas de los mapas pueden caer también en la categoría de lo que Foucault ha definido como actos de vigilancia, especial-

Por ello, la manera en la que el cartógrafo representa el espacio implica una producción de sentido del lugar representado: “La posición de los mapas puede afectar la forma en la que se ve el mundo”.<sup>15</sup> Esto es importante porque la reflexión en torno al espacio no es un asunto menor: toda sociedad ha establecido vínculos diversos con su propio espacio. Toda sociedad es geográfica puesto que los seres humanos se mueven en el espacio, en función de referentes geográficos y siempre en interrelación con el mundo circundante. Las maneras en que una sociedad experimenta el espacio, lo significa y se apropia de él en una época concreta, son cuestiones que pueden y deben discutirse desde perspectivas históricas socioculturales. Además, si pensamos en los mapas como textos que hablan de y dan sentido al mundo, es claro que sus contextos de producción y materialidad son aspectos que no pueden obviarse. Como bien señala Héctor Mendoza, los mapas son objetos técnicos que, al representar el mundo, funcionan como soportes de comunicación social.<sup>16</sup> Por tanto, no hay texto sin soporte material, y por ello considero importante tomar en cuenta esa dimensión.

Harley sintetiza la vinculación entre conocimiento y poder en los mapas afirmando que “la cartografía es un discurso, un sistema que ofrece un conjunto de reglas de representación del conocimiento que toman forma en las imágenes que definimos como mapas y atlas”.<sup>17</sup> Es decir que, en tanto forma de conocimiento, los objetos cartográficos producen poder

mente los relacionados con la guerra, la propaganda política, la definición de fronteras o la preservación de la ley y el orden”. Harley, *ibid.*, p. 82.

<sup>15</sup> Laura Vaughan, *Mapping society: The spatial dimensions of social cartography*, UCL Press, Londres, 2018, p. 6. La traducción es mía.

<sup>16</sup> Mendoza Vargas, Héctor, “La historia de la cartografía de México. Tradiciones, cambios y nuevos caminos, en: Mendoza Vargas, Héctor (coord.), *La geografía humana de México*, UNAM/Instituto de Geografía, México, 2013, p. 172.

<sup>17</sup> Harley, *La nueva naturaleza*, p. 203.

sobre el lugar que representan. Dicho historiador ha mostrado cómo este proceso de apropiación del espacio en papel, vía la producción de mapas, afectó las dinámicas sociales y económicas del “Nuevo Mundo”, pues la expansión europea sobre América sentó sus bases en buena medida en los conocimientos geográficos y en su representación visual. Incluso las tensiones políticas y la diplomacia giraron en torno a obras de índole geográfico-cartográficas. En ese sentido, la autora Laura Vaughan, quien ha estudiado la cartografía desde un punto de vista sociocultural, apunta que se debe sobrepasar la mirada tradicional en torno a los mapas, para considerarlos más bien como objetos cargados de significados, que reflejan su contexto de producción.<sup>18</sup>

Partiendo de los planteamientos de Stuart Hall, diremos que un mapa posee un doble nivel de representación: el primero sería el que corresponde a dicho imaginario del cartógrafo, quien ve su entorno de una manera específica, conceptualizándolo, nombrándolo y dándole un significado a partir de su propio lenguaje, ideas y referentes. El segundo nivel sería el de la representación gráfica, es decir, el acto de trasladar al mapa esa serie de aspectos. En ese acto, el cartógrafo no está simplemente reflejando la realidad geográfica, sino que la está produciendo. En ese sentido, la obra cartográfica adquiere una carga simbólica y subjetiva. De ahí que la categoría de representación nos remita al ámbito simbólico que posee el mapa. Los significados del mapa son posibles en función de su propio contexto histórico de producción. Siguiendo a este autor, diremos que lo cultural se construye a partir de un circuito en el que interactúan y se interrelacionan las representaciones, el consumo (entendiendo con ello las prácticas sociales y/o apropiaciones), las identidades (construcción de vínculos y de significados sociales comunes o compartidos) y

<sup>18</sup> Vaughan, *Mapping*, p. 7.

las apropiaciones (producción de sentido). Todo ello atravesado por relaciones de poder que se traducen en mecanismos de control, instituciones, discursos y normas.<sup>19</sup> Siguiendo ese esquema explicativo, puede decirse que un mapa es un objeto que contiene una serie de representaciones que el cartógrafo realiza acerca del espacio y del mundo,<sup>20</sup> por lo cual se debe tomar en cuenta cómo se representa él mismo lo de afuera, y cómo es que esto se traduce en una exteriorización de su propio imaginario mediante un registro gráfico/visual. Lo anterior apunta a cuestionarnos cómo en la cartografía existe una mediación entre la realidad espacial y los referentes e intereses del cartógrafo.

El poder del mapa radica en su capacidad de mostrar, ubicar y delimitar un espacio en el papel, pues evoca una afirmación de existencia de ese espacio, lo cual implica una validación de que ese lugar es de tal o cual manera.<sup>21</sup> En tanto instrumentos que permiten ubicar cosas, las obras cartográficas “más que representaciones [fieles del espacio], son sistemas de proposiciones, argumentos que afirman que esto está allí dentro de lo que el mundo podría ser.”<sup>22</sup> Harley apunta a estudiar el mapa con detenimiento,

para identificar no sólo un nivel literal o superficial de significado [en la imagen cartográfica], sino también uno más profundo, por lo general asociado con la dimensión simbólica el acto de enviar o recibir un mensaje. Un mapa puede llevar en

<sup>19</sup> Hall, Stuart, *Representation: cultural representations and signifying practices*, The Open University, London, 1997, p. 1.

<sup>20</sup> Para Hall, la representación tiene que ver con “concepts, images and emotions ‘stand for’ or represent, in our mental life, things which are or may be ‘out there’ in the world”. *Ibid.*, p. 4.

<sup>21</sup> Wood, Denis, “Los mapas y el Estado”, *Revista de la Universidad de México*, (julio-agosto), 2018, p. 11.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 8.

su imagen un simbolismo asociado con el área, el aspecto geográfico, la ciudad o el lugar específico que se representa.<sup>23</sup>

En ese sentido, la cartografía posee un nivel simbólico que contribuye, justamente, a producir una idea del mundo a partir de jerarquías, valores, y nombres. El acto de representar un lugar implica una construcción de lo que se está representando, pues se ordena, clasifica, orienta y da un sentido al espacio que se registra en el papel: “lejos de fungir como una simple imagen de la naturaleza que puede ser verdadera o falsa, los mapas redescubren el mundo, al igual que cualquier otro documento, en términos de relaciones y prácticas de poder, preferencias y prioridades culturales”.<sup>24</sup>

### *Los mapas y los Estados-nación en el siglo XIX. Notas sobre la cartografía decimonónica*

En el contexto del surgimiento y desarrollo de los Estados-nación durante el siglo XIX, los mapas fueron concebidos como objetos fundamentales para constituir y delimitar un territorio nacional. Por ello, quienes elaboraban los mapas ocuparon un papel medular dentro de los círculos de intelectuales y políticos de cada país: “detrás de la mayoría de los cartógrafos está una persona que encarga un mapa [...] el mapeo pronto se convirtió en negocio del Estado”.<sup>25</sup> A raíz de eso, los mapas fueron usados para medir el terreno, apropiarse del espacio en el papel, clasificar sus elementos y configurar una idea de él a partir de una visión unitaria estatal-nacional. Su poder radicó,

<sup>23</sup> Harley, *La nueva naturaleza*, p. 81.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 61.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 203.

según Denis Wood, en su capacidad para habilitar el control estatal de la tierra.

La vocación centralizadora del Estado-nación volvió imperante la necesidad de producir obras cartográficas para reclamar y visualizar la autoridad sobre el espacio:

“mapas que ubican los territorios sobre los cuales es soberano, y por lo tanto mapas que delimitan sus fronteras; mapas que ubican sus elementos constitutivos (provincias, estados, condados [...]) mapas que ubican sus recursos y propiedades [...] mapas que ubican a sus ciudadanos (para que presten servicios, para cuestionarlos, imponerles contribuciones y reclutarlos”.<sup>26</sup>

Además, en el caso de la cartografía del siglo XIX, la autoridad del mapa radicaba en su validez científica. Es decir, los criterios de la ciencia decimonónica trasladados al campo de la geografía (en términos de ubicación exacta, de medición, de cuantificación, del uso de parámetros científicos como leguas, longitudes y latitudes) dieron sustento y legitimidad a la cartografía, en la siempre continua búsqueda de la exactitud y perfección científicas. Nuevamente hablamos de un vínculo entre conocimiento y poder: “Los cartógrafos producen poder; son los creadores de un panóptico espacial”; “clasificar el mundo es apropiarse de él, de tal manera que estos procesos técnicos [de la práctica cartográfica] representan actos de control...”.<sup>27</sup> En este sentido, retomando los postulados de Hall, diríamos que el mapa deviene representación cultural por los usos (prácticas), discursos y significados que le otorga el cartógrafo, una institución científica, un gobierno o un sector social. Así, la cartografía permite construir un significado

<sup>26</sup> Wood, *Los mapas.*, p. 11.

<sup>27</sup> Harley, *La naturaleza.*, p. 204..

del espacio que está representando y, por ende, es más que un reflejo o proyección de la realidad espacial que registra.

Por su parte, Benedict Anderson señala en su clásica obra *Comunidades imaginadas* que, para el caso de los países del sudeste asiático en el siglo XIX, los censos y los mapas fueron usados para controlar de mejor manera el espacio colonizado: “el censo, el mapa y el museo, en conjunto, moldearon profundamente el modo en que el Estado colonial imaginó sus dominios: la naturaleza de los seres humanos que gobernaba, la geografía de sus dominios, y la legitimidad de sus dominios”.<sup>28</sup> En el caso del censo, su carácter cuantificador daba la sensación de contar, controlar, clasificar y ubicar a la población que se quería gobernar, o a la que se le podía cobrar impuestos. El mapa, por su parte, se usó para clasificar y apropiarse del espacio *a priori*.<sup>29</sup> También resulta importante lo que menciona dicho autor respecto a que, dada la emergencia de los Estados nacionales a lo largo del siglo XIX, las obras cartográficas fueron usadas como una especie de memorias y/o biografías espaciales, es decir, se les empleó para construir una idea de entidades territoriales nacionales con supuestos orígenes y profundidades histórico-temporales.<sup>30</sup>

<sup>28</sup> Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 2011, pp. 228-229.

<sup>29</sup> Anderson hace referencia a un arqueólogo y geógrafo de nombre Richard Muir, para decir que, a diferencia de otro tipo de mapas de épocas previas, en las que se producían a partir de la exploración y los viajes de quien los elaboraba, en el siglo XIX —en el contexto del imperialismo de entonces— “el mapa se anticipaba a la realidad espacial y no a la inversa. En otras palabras, un mapa era un modelo de esto [...]. Llegó a ser un instrumento real para concentrar las proyecciones sobre la superficie de la Tierra. Un mapa era necesario, ahora, para los nuevos mecanismos administrativos y para las tropas para reforzar sus pretensiones [...]”. *Ibid.*, p. 242.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 244.

Asimismo, en el caso de los mapas elaborados por las autoridades imperiales, fue común la práctica de colorear los territorios del dominio colonial: “en los mapas imperiales de Londres, las colonias británicas a veces solían aparecer en rosa y rojo, las francesas en púrpura y azul, y las holandesas en amarillo y marrón”.<sup>31</sup> O sea que algo tan aparentemente indistinto o fortuito como el uso de colores en un mapa, tuvo implicaciones ideológicas y simbólicas, vinculadas en este caso al tema del poder y el control de las metrópolis occidentales sobre sus espacios coloniales. Finalmente, este autor señala que las posibilidades de reproducción mecánica en el siglo XIX dieron un nuevo impulso a la elaboración, multiplicación y difusión de obras de índole cartográfica, lo cual las volvió una especie de emblema tanto del nacionalismo como del imperialismo decimonónico. En suma, de acuerdo con el estudio de Anderson, tanto el mapa como el censo, tuvieron como objetivo fungir como instrumentos de control y administración de las potencias occidentales sobre la población y el espacio de las regiones asiáticas.

Por otra parte, la producción cartográfica que emergió en el contexto de la formación de los Estados nacionales apuntalaba la idea de un territorio homogéneo y ordenado, cuyos espacios y fronteras estaban demarcados, y dentro del cual, la cultura nacional se pretendía uniforme:

La representación del mundo como un conjunto de países, tal como aparece en la mayoría de los mapamundis, concibe el espacio como inherentemente fragmentado, dividido por medio de diferentes colores en las diversas sociedades nacionales, cada una enraizada en su propio lugar [...] la idea de que cada país encarna una cultura y una sociedad que le son propias y distintivas, se encuentra tan difundida, y se asume tan natural-

<sup>31</sup> *Id.*



mente, que los términos cultura y sociedad suelen anexarse sin más a los nombres de los estados-nación.<sup>32</sup>

Como muestra Magali Carrera en su estudio sobre las obras de Antonio García Cubas, los mapas del siglo XIX no pueden entenderse fuera de la cultura visual que se desarrolló a lo largo de la centuria. Desde finales del virreinato hasta la época del Porfiriato, se publicaron un sinnúmero de libros, revistas, mapas, litografías, grabados y pinturas que fueron configurando (al calor del sinuoso proceso de conformación nacional) una cultura visual que englobó tipos sociales, paisajes naturales, vestigios prehispánicos y episodios de la efervescencia sociopolítica propia del siglo. En tanto representaciones culturales, se insertaron en circuitos de producción y consumo a partir de imprentas y anuncios en periódicos, circulando a través de asociaciones literarias, academias y sociedades científicas. Por ello, resulta necesario tomar en cuenta las dinámicas de producción y circulación de dichas representaciones, pues no son algo etéreo, sino material. Con todo, los estudios sobre la cartografía decimonónica poco se han cuestionado sobre la dimensión material. Intentar reconstruir las dinámicas de producción, circulación y consumo, así como delinear el tipo de público al que iba dirigida la producción cartográfica, resultan dos tareas fundamentales para la Historia de las representaciones culturales del siglo XIX. Sin embargo, los fenómenos de apropiación suelen ser difíciles de historiar. La falta de fuentes es el principal obstáculo para intentar obtener una idea de los ámbitos de circulación de los mapas, y de sus usos y re-significaciones por parte del público.

<sup>32</sup> Ferguson, James y Akhil Gupta. “Más allá de la <<cultura>>: espacio, identidad y las políticas de la diferencia”, en *Antípoda*, (julio-diciembre), 2008, p. 235.

Para subsanar esto, es posible rastrear dinámicas de producción y venta en las que se articularon autores (como el propio García Cubas), impresores y secciones publicitarias en algunos periódicos de la época. Asimismo, para el caso de las publicaciones del siglo XIX, el número de ediciones y los referidos anuncios permiten inferir ciertos aspectos del consumo. De cualquier modo, es muy difícil saber qué entendieron quienes tuvieron en sus manos las obras de Orozco y Berra o de García Cubas. Sabemos, por ejemplo, que después de la independencia, los estudios que hizo Alexander von Humboldt en los primeros años del siglo XIX, fueron tomados como fuente de datos en cuanto al número de la población, las dimensiones del territorio mexicano, y la ubicación de ciudades y localidades.

Aún más, los letrados del México independiente retomaron el paradigma geográfico que estableció Humboldt gracias a la edición de las obras que publicó como producto de su viaje por la Nueva España a inicios del siglo. Por ejemplo, en la década de 1870, Manuel Payno citaba al prusiano, y articulaba su *Compendio de geografía* partiendo de dicho paradigma.<sup>33</sup> Esto da cuenta de que dicha intelectualidad se desenvolvía en una cultura impresa-urbana, que permitía leer y retomar obras de décadas anteriores. Para reconstruir estos fenómenos, uno debe revisar otras fuentes impresas de la época además de los mapas, tales como periódicos, libros, revistas y litografías. A partir de ello, se pueden vislumbrar los ámbitos de producción y circulación de las obras impresas en tanto objeto de estudio. De cualquier modo, sin embargo, poco o nada sabemos del consumo de dichas obras más allá del ámbito intelectual.

Dicho lo anterior, tanto la dimensión material como el contexto de producción son cuestiones que considero cardí-

<sup>33</sup> Payno, Manuel, *Compendio de geografía de México*, México, imprenta de F. Díaz de León y S. White, 1872.

nales en el abordaje de la cartografía como objeto de estudio. Varios trabajos sobre la historia de la cartografía pasan por alto dichas cuestiones, lo cual considero problemático, pues no tomar en cuenta la materialidad de las representaciones, las ideas y los discursos, implica pasar por alto sus condiciones de posibilidad, al limitar nuestra perspectiva de análisis. Ya desde la década de 1970, Elizabeth Eisenstein hacía un llamado a los historiadores en el sentido de no obviar los aspectos materiales y de producción de las obras literarias, las ideas y el conocimiento: “cuando las ideas se separan de los medios que se emplean para trasmitirlas, se aíslan de las condiciones históricas que las rodean”.<sup>34</sup> Los discursos, ideas e imaginarios no son cosas etéreas que flotan en la nada: lo cultural se construye en la compleja interrelación entre emisores, mensajes, objetos materiales y prácticas sociales que terminan produciendo sentido y múltiples significados. Por ello, al estudiar a los mapas, resulta menester dar cuenta de su aspecto material no sólo en cuanto a sus características físicas, sino también respecto de sus ámbitos de producción, circulación y probable consumo. Por tanto, al historiar el conocimiento, los discursos e ideas de índole geográfica, se debe tomar en cuenta la dinámica editorial, los aspectos materiales de los medios impresos y los posibles ámbitos de consumo y de prácticas sociales, así como los espacios y fenómenos de sociabilidad.

Por otra parte, pensar la cartografía desde el enfoque que he venido esbozando implica considerar que, por ejemplo, un atlas como el de Humboldt está atravesado por una mirada racionalista que concibe a la geografía como algo medible, ubicable y cuantificable a través de gráficos, cifras y cuadrículas. Esa noción cartesiana del espacio configura una manera particular de concebir la realidad espacial, lo cual nos sitúa

<sup>34</sup> Eisenstein, Elizabeth, *La imprenta como agente de cambio. Comunicación y transformaciones culturales en la Europa moderna temprana*, Fondo de Cultura Económica, México, 2010, p. 23.

ante un paradigma que pretende aprehenderla a partir de parámetros científicos, geométricos y estadísticos. Al observar el mapa de la Nueva España contenido en el *Atlas Geográfico y físico de la Nueva España*, podemos ver que lo que más resalta en primera instancia es la dimensión física de la geografía. (Véase figura 1). Para Humboldt era fundamental dar cuenta de la “física terrestre”, pues para poder dimensionar lo político y poblacional del virreinato, debía tenerse una noción lo más exacta posible de su geografía física. No hay que olvidar que el viajero prusiano llegó a la Nueva España con auspicio del rey Carlos IV, quien al igual que su antecesor, buscaba tener un conocimiento más amplio, detallado y exacto de sus dominios (particularmente en lo referente a recursos naturales). Esto nos sitúa frente al vínculo entre conocimiento y poder. En este caso, es fundamental tener en cuenta que el conocimiento producido por Humboldt tuvo como trasfondo no sólo el ímpetu viajero o interés científico, sino un interés de orden político.

FIGURA 1.

CARTE DU MEXIQUE ET DES PAYS LIMITOPHES SITUÉS AU NORD ET À L'EST DRESSÉE D'APRÈS LA GRANDE CARTE DE LA NOUVELLE ESPAGNE.



FUENTE: *Atlas Geográfico y físico de la Nueva España*, Imprenta de Paul Reouard, París, 1827, mapa 2.

Por supuesto la idea de Harley acerca del poder del mapa es más profunda que esto, pero sin duda parte de la vinculación entre ciencia y política. Ese nexo permite dimensionar las condiciones de posibilidad del discurso geográfico que produjo Humboldt, lo cual se aprecia por ejemplo en la correspondencia que éste intercambió con el virrey Iturrigaray.<sup>35</sup> Las *Tablas geográficas políticas del reino de la Nueva España*, que elaboró el viajero alemán, tenían el claro propósito de fungir como herramientas para la administración virreinal.<sup>36</sup> Este dato no es anecdótico, sino que nos deja ver el contexto de producción de ciertas obras geográficas, mostrando que para poder dimensionar el sentido y características de toda obra cartográfica y/o geográfica, se debe tener en cuenta los contextos políticos, científicos, materiales y simbólicos que las posibilitan. La interrelación entre esas aristas constituye el reto (y a la vez la riqueza) en el análisis de las dimensiones culturales de lo social y lo político. No es extraño entonces que lo que más abunde en los estudios del viajero alemán sea todo tipo de datos estadísticos sobre población; no es fortuito que en el mapa del *Atlas* lo que más resalte sea la dimensión natural del espacio. Hablamos, pues, de una geografía imbuida de una racionalidad utilitarista y de un afán cuantificador: de ahí la importancia de la estadística en tanto ciencia de Estado. Estas nociones nos permiten dar cuenta del sentido, discursos y simbolismo en dichas obras.

<sup>35</sup> Carta del Barón de Humboldt al Virrey Iturrigaray, 3 de enero de 1803. Carta de Iturrigaray al Barón de Humboldt, 20 de enero de 1804.

<sup>36</sup> Humboldt, Alexander von, *Expediente 24. Tablas geográficas políticas del reino de Nueva España que manifiestan la superficie, población, agricultura, fábricas, comercio, minas, rentas y fuerza militar presentados al excelentísimo señor virrey por el Barón Alejandro de Humboldt*, 1802-1803, Archivo General de la Nación, Instituciones coloniales, volumen 72, fojas 1-21.

## *Historiar los mapas y la geografía desde lo cultural: consideraciones finales*

La Historia es tiempo, pero también espacio. En consecuencia, el ámbito geográfico es indisoluble de las experiencias sociales en el devenir temporal, puesto que las sociedades humanas están siempre enmarcadas en espacios geográficos: se mueven, interactúan y desenvuelven en contextos geográficos diversos y a partir de puntos de referencia espaciales. Las maneras en que los grupos sociales se relacionan con su medio, lo significan y entienden, han sido tratadas por diversas corrientes historiográficas, desde la geografía histórica hasta la historia regional, pasando por la historia ambiental y la historia de la geografía.<sup>37</sup> En ese sentido, mi propuesta va encaminada a trazar una historia cultural de los mapas y el conocimiento geográfico. Esto implica pensar en los mapas como objetos que condensan una serie de ideas, saberes y nociones respecto al espacio y que, por ello mismo, son susceptibles de ser historiados a partir de perspectivas que tomen en cuenta sus dimensiones simbólicas y discursivas, considerando también las prácticas sociales en las que se enmarcan, así como sus ámbitos de producción material. Por lo tanto, diversificar las fuentes y ampliar el enfoque resultan dos aspectos fundamentales. Mi propuesta no va en el sentido de tomar las *Tablas* de Humboldt o los *Atlas* de García Cubas para verificar los datos estadísticos poblacionales, o las distancias entre poblados. Más bien se enfoca en desentrañar y entender los significados que los geógrafos, letrados y gobiernos le atribuyeron al conocimiento geográfico, a un mapa o a un libro de geografía. Es decir, estoy pensando en la cartografía y demás obras geográficas como objetos de estudio y no sólo como fuentes. Por lo

<sup>37</sup> Sobre estas perspectivas incluyo algunos ejemplos significativos en la bibliografía.

tanto, me interesa entender por qué aquellos sectores sociales se centraron en determinados aspectos y no en otros: por qué un Humboldt le dio tanto peso a la parte física de la geografía, o por qué un Manuel Payno estructuró una obra de temática geográfica en función de un paradigma de conocimiento que se configuró y reconfiguró a lo largo del siglo XIX.

Asimismo, como comenté a lo largo del capítulo, para comprender los significados y los discursos de las obras geográficas, debemos explorar sus contextos de producción, tomando en cuenta su materialidad. Como ha señalado Mendiola, la historia cultural ha hecho énfasis en que las ideas y los conocimientos circulan a través de soportes materiales y en espacios de sociabilidad particulares. De ahí que para historiar la cartografía desde dicho enfoque sea menester considerar los ámbitos de producción y las características físicas de nuestros objetos de estudio. Además, como señalé en párrafos anteriores, en tanto que los emisores de las obras geográficas pertenecían a un sector social letrado, que se vinculó a través de instituciones (como la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística) y mediante obras fundamentalmente impresas, resulta importante dar cuenta de las características de aquella esfera letrada. Esto exige una labor de investigación bastante amplia, pues implica revisar obras y objetos de diversa índole: poblacionales (como las tablas de Humboldt), políticas (como memorias de diversos ramos de la administración pública) e incluso educativas, como los libros escolares. De igual manera, hay que tomar muy en cuenta que la cartografía hizo parte de una vasta cultura visual decimonónica que fue posibilitada por la expansión de las imprentas y el desarrollo de técnicas de reproducción de imágenes como la litografía. Por tanto, también es importante investigar en torno a esos ámbitos de producción visual, pues nos adentran en los contextos de producción de los mapas.

Hoy en día es común encontrar trabajos sobre cartografías de la violencia o de la pobreza, es decir, se utiliza a los mapas para dar cuenta de realidades sociales y fenómenos complejos en la actualidad. Sólo basta con recordar nuestra formación escolar en los primeros años, con un mapa de la República colgado en una pared del salón de clases. Ni hablar de que –retomando la noción de prácticas sociales– nuestra cotidianidad se ha visto marcada los últimos años por la utilización de tecnologías geográficas como el Google Maps o el GPS; todo ello implica una experiencia de y con el espacio. He aquí el asunto medular, pues las obras cartográficas han fungido a lo largo de la Historia como objetos que median entre el ámbito geográfico y las sociedades humanas. En su caso, la cartografía del siglo XIX implicó una experiencia a priori del territorio nacional: mediante los mapas, los gobiernos y científicos de aquella época concibieron de una manera particular la geografía nacional sin que necesariamente la conocieran de forma directa. Esto, en el contexto de la formación del Estado-nación, no fue un hecho menor, sino que significó un proceso de construcción, producción y apropiación del territorio nacional en papel. En ese sentido, desentrañar las características tanto materiales como de contenido de la cartografía, arroja luz respecto a las maneras en que diversos grupos sociales han entendido y conceptualizado su realidad geográfica.

### *Bibliografía:*

- ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 2011.
- AZUELA Bernal, Luz Fernanda, “La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la organización de la ciencia, la



- institucionalización de la geografía y la construcción del país en el siglo XIX”, en: *Boletín del Instituto de Geografía UNAM*, núm. 52, 2003, pp. 153-166.
- BURKE, Peter, *¿Qué es la Historia cultural?*, traducción de Pablo Hermida Lazcano, Editorial Paidós, España, 2006.
- carta del barón de humboldt al virrey iturrigaray, 28 de marzo de 1803, en: *Independencia nacional, tomo 1: Antedecentes-Hidalgo*, UNAM/Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2005, pp. 38 y 45.
- carta de barón de humboldt al virrey iturrigaray, 3 de enero de 1804, en: *Independencia nacional, tomo 1: Antedecentes-Hidalgo*, UNAM/Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2005, pp. 38 y 45.
- CARRERA, Magali, *Traveling from New Spain to Mexico. Mapping practices of nineteenth-century Mexico*, Duke University Press, London, 2010.
- CHARTIER, Roger, “Nuevos combates por la historia. Roger Chartier” (entrevista), en: Coudart, Laurence y Luis Gerardo Morales Moreno (coords.), *Escrituras de la Historia. Experiencias y conceptos*, Editorial Itaca/Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México, 2017, pp. 23-58.
- CLAVAL, Paul, “Enfoque cultural y las concepciones geográficas del espacio”, en *Boletín de la A.G.E.*, 2002, pp. 21-39.
- CRAIB, Raymond, “El discurso cartográfico en el México del Porfiriato”, en Mendoza Vargas, Héctor (coord.), *México a través de los mapas*, UNAM/Instituto de Geografía, México, 2003, pp. 131-150.
- \_\_\_\_\_, *México cartográfico. Una historia de límites fijos y paisajes fugitivos*, UNAM/Instituto de Geografía, México, 2013.

- DÍAZ Ángel, Sebastián, “Aportes de Brian Harley a la nueva historia de la cartografía y escenario actual del campo en Colombia, América latina y el mundo”, en: *Historia crítica*, núm., 39, septiembre-diciembre 2009, pp. 180-200.
- FERGUSON, James y Akhil Gupta. “Más allá de la <<cultura>>: espacio, identidad y las políticas de la diferencia”, en *Antípoda*, (julio-diciembre), 2008, pp. 233-256.
- FOUCAULT, Michel, “El sujeto y el poder”, en *Revista Mexicana de Sociología* (julio-septiembre), 1998, pp. 3-20.
- GARCÍA Rojas, Irma “El estudio histórico de la cartografía”, en *Tamká, Revista de Historia*, primavera 2008, pp. 11-32.
- GARCÍA Cubas, Antonio, *Atlas geográfico, estadístico e histórico de la República mexicana*, Imprenta de José María Fernández de Lara, México, 1858.
- *Memoria para servir a la Carta General de la República*, Imprenta de Andrade y Escalante, México, 1861. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/memoria-para-servir-a-la-carta-general-de-la-republica-mexicana--0/html/>
- HALL, Stuart, *Representation: cultural representations and signifying practices*, The Open University, London, 1997.
- HARLEY, J. Brian, *La nueva naturaleza de los mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografía*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005.
- LARRUCEA Garritz, Amaya. 2016. *País y paisaje. Dos invenciones del siglo XIX mexicano*, México: UNAM/Facultad de Arquitectura.
- HUMBOLDT, Alexander von, *Expediente 24. Tablas geográficas políticas del reino de Nueva España que manifiestan la superficie*,

*población, agricultura, fábricas, comercio, minas, rentas y fuerza militar presentados al excelentísimo señor virrey por el Barón Alejandro de Humboldt*, 1802-1803, Archivo General de la Nación, Instituciones coloniales, volumen 72, fojas 1-21.

\_\_\_\_\_*Atlas Geográfico y físico de la Nueva España*, Imprenta de Paul Reouard, París, 1827.

\_\_\_\_\_*Ensayo político sobre la Nueva España, tomo I*, segunda edición corregida, aumentada y adornada con mapas, traducida al castellano por Vicente González Arnao, Imprenta de Paul Reouard, París, 1827.

LOZANO Meza, María, “La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la organización de la ciencia, la institucionalización de la geografía y la construcción del país en el siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Geografía*, UNAM Núm. 52, 2003, pp. 153-166.

MASEEY, Doreen, “*Geometrías del poder y la conceptualización del espacio*”, Conferencia dictada en la Universidad Central de Venezuela. 2007.

MAYER Celis, Leticia, *Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario. Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX*, El Colegio de México, México, 1999.

MENDIOLA, Alfonso, “Hacia una teoría de la observación de observaciones: la historia cultural”, en *Historias*, Universidad Iberoamericana, no. 6, México, 2005, pp. 19-36.

MENDOZA Vargas, Héctor, *México a través de los mapas*, Plaza y Valdés Editores/Instituto de Geografía, UNAM, México, 2000.

- \_\_\_\_\_ “La historia de la cartografía de México. Tradiciones, cambios y nuevos caminos, en: Mendoza Vargas, Héctor (coord.), *La geografía humana de México*, UNAM/Instituto de Geografía, México, 2013, pp. 171-188.
- MONCADA Maya, José Omar, y Patricia Gómez Rey, “El quehacer geográfico en México: instituciones y personajes (1876-1964)”, en Moncada Maya, José Omar, y Patricia Gómez Rey (coords.), en *El quehacer geográfico en México: instituciones y personajes (1876-1964)*, UNAM/Instituto de Geografía, México, 2009, pp. 9-14.
- MONTOYA Arango, Vladimir, “El mapa de lo invisible. Silencios y gramática del poder en la cartografía”, en *Universitas Humanística*, enero-junio, 2007, pp. 155-179.
- PAYNO, Manuel, *Compendio de geografía de México*, México, imprenta de F. Díaz de León y S. White, 1872.
- RIGUZZI, Paolo, “México próspero: las dimensiones de la imagen nacional en el Porfiriato”, *Historias*, núm. 20 (1988), pp. 137-157.
- URROZ Kanán, Raquel, *Mapas de México: contextos e historiografía moderna y contemporánea*, Tesis de Maestría en Historia de México, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2011.
- ZERMEÑO, Guillermo, “Giro crítico de la historiografía”, en: Coudart, Laurence y Luis Gerardo Morales Moreno (coords.), *Escrituras de la Historia. Experiencias y conceptos*, Editorial Itaca/Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México, 2017, pp. 59-96.